

COLECCIÓN HISPANIOLA, 19

FELICIDAD PERVERSA

Portada: *Le Masque Fatigue*, Leon Spilliaert, 1919

© De los textos, Felipe Díaz Pardo

© Confluencias, 2018

www.editorialconfluencias.com

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión y coordinación editorial: María del mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-948202-9-8

Depósito legal: AL 2108-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

FELIPE
DÍAZ PARDO

Felicidad p̄arversa

Relatos



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*He cometido el peor de los pecados
que un hombre puede cometer. No he sido
feliz. Que los glaciares del olvido
me arrastren y me pierdan, despiadados.*

*Mis padres me engendraron para el juego
arriesgado y hermoso de la vida,
para la tierra, el agua, el aire, el fuego.
Los defraudé. No fui feliz. Cumplida
no fue su voluntad. Mi mente
se aplicó a las simétricas porfías
del arte, que entreteje naderías.*

*Me legaron valor. No fui valiente.
No me abandona. Siempre está a mi lado.
La sombra de haber sido un desdichado.*

Jorge Luis Borges: «El remordimiento».

ÍNDICE

Felicidad perversa	13
Un plan filosófico	137
Estación en curva	249
Celos	263
Confesiones bancarias	277
Justicia humana	289

PRÓLOGO

Felicidad y perversión son conceptos que, aunque antitéticos, a veces se juntan, como en las historias que se incluyen en este libro. A veces, lo primero no se consigue si no es haciendo uso de ciertas herramientas perversas que se ponen a disposición del ser humano.

Eso ocurre en «Felicidad perversa», la primera de las narraciones, novela corta que da título al volumen y que plantea, de manera más o menos ingenua, y a través de un planteamiento rayano en la elucubración pseudocientífica, dos posturas opuestas: la del que se permite el lujo de desperdiciar los pocos momentos que puede darnos la vida para disfrutar de ese estado de grata satisfacción; y la del que siempre encuentra algo positivo por lo que mantener la esperanza.

En otros casos, la infelicidad o, al menos, el disgusto que supone la pérdida de algo en la vida —como puede ser el amor de la pareja— o el agravio —que se produce de manera gratuita—, puede llevar a la venganza más

rotunda e inexorable, como sucede en la segunda novellita, titulada «Un plan filosófico», y en el último relato, «Justicia humana (o los inconvenientes de viajar en clase turista)».

Otras veces, por el contrario, el placer, sensación cercana a esa suerte de dicha que se nos proporciona en momentos precisos y puntuales, adquiere formas también extrañas, como le ocurre a la persona de «Estación en curva». En otros casos, como en «Celos» o en «Confesiones bancarias», la desesperación o el resentimiento son las formas en la alteración del ánimo de las que los personajes se sirven para resolver sus conflictos.

En definitiva, todo vale para alcanzar objetivos que alimentan nuestro espíritu o para sortear los peligros que nos acechan. Y para sobrevivir *in hac lachrymarum valle*, antes que caer, como nuestra querida Melibea, protagonista de enredos celestinescos, desde lo alto de la almena de nuestra desesperanza.

Por último, quisiera agradecer a Javier Fornieles la ayuda que me ha prestado para que esta publicación vea la luz, quien con su ofrecimiento, interés y apoyo, ha hecho posible que recobre la confianza en el mundo editorial y, en concreto, en editorial Confluencias. Este tiempo, que hemos dedicado a compartir un mismo deseo, servirá para fraguar una amistad que abrirá el camino a nuevos proyectos y horizontes literarios.

FELIPE DÍAZ

FELICIDAD PERVERSA

Por fin, la ambulancia hizo su paso más reposado cuando entró por las calles adoquinadas de aquella localidad de raigambre histórica. Los edificios de corte neoclásico que configuraban la villa, utilizada en otro tiempo para el descanso real, parecían haber tranquilizado al conductor, que había hecho el viaje sin apenas hablar, deseoso de llegar cuanto antes.

—Como sigan obligándonos a hacer viajes a destajo, cualquier día de estos somos nosotros a los que nos llevan ahí detrás. —El conductor intentaba con sus palabras justificar su nerviosismo—. Fíjese —continuó, refiriéndose con los movimientos de la cabeza a la camilla en la que se encontraba tumbado Lorenzo—, ahora nos quieren controlar hasta los viajes que hacemos. Por eso me puse tan pesado al principio con lo de la tarjeta de atención sanitaria. —La mirada la dedicaba a Blanca, que la tenía al lado, en el asiento del copiloto—. Porque nos obligan a pasarla por la máquina para dejar constancia del servicio; pero no se preocupe, ya buscaré yo la forma de arreglarlo.

Lo cierto es que a Blanca le preocupaban poco los trámites burocráticos. Con las prisas y, sobre todo, con todo lo que tenía que hacer continuamente, lo que menos le importaba era lo de la dichosa tarjeta, olvidada en algún cajón de casa. Lo importante para ella era buscar una solución al problema de su padre y parecía que después de tantos años dando la lata surgía una pequeña esperanza.

El edificio se encontraba a las afueras del pueblo. Lo tuvieron que atravesar de extremo a extremo pasando por calles empedradas de otros tiempos, jalonadas a sus lados por soportales de piedra que constituían la parte baja de los edificios que rodeaban todo el complejo palaciego, residencia veraniega de antiguos reyes y que ahora servía de reclamo turístico para los visitantes de los fines de semana.

La niebla de la tarde y la lluvia casi imperceptible pero incómoda, acompañadas por un cielo invisible, apenas dejaban ver el perfil del edificio hasta cruzar las verjas que lo cercaban. El vehículo, no obstante, subía por el camino que llevaba hasta la entrada con la pericia de quien hace ese trayecto a menudo.

—Bueno, pues ya hemos llegado —soltó el conductor a la vez que echaba el freno de mano y abría la puerta para salir. Unos auxiliares, que les estaban esperando, abrieron los portones traseros de la ambulancia para sacar la camilla en que venía Lorenzo recostado.

Mientras aquellos hombres, enfundados en unos uniformes de un color azul indefinible se llevaban a Lorenzo por unos de los pasillos del inmenso edificio, al tiempo que este lanzaba gruñidos y quejas por un trato recibido que aún no podía haber llegado a constatar, Blanca tuvo que detenerse en la recepción para cumplimentar

los trámites del ingreso. Tras rellenar una ficha con los datos del paciente y aportar una cantidad de dinero como provisión para gastos corrientes que pudieran producirse durante la estancia, tales como los originados por la compra de medicamentos, el uso del servicio de peluquería, alquiler de sillas de ruedas u otros utensilios necesarios para hacer la vida lo más confortable en aquellas dependencias, tuvo que dedicar unos minutos a una breve entrevista con la trabajadora social del centro, que estaba esperándola, paciente y sonriente, a pocos metros del mostrador.

—Buenos días, me llamo Mariángeles —dijo alargándole la mano y desprendiendo cierta calma y placidez en su rostro—. Si no le importa, me gustaría mantener una breve entrevista con usted para anotar en mis papeles toda la información que pueda necesitar sobre su padre. Así que si le parece vamos un momento a mi despacho.

Blanca siguió los pasos de aquella chica por el pasillo que rodeaba toda la planta de aquella construcción, que en otro tiempo fue el palacio de una acaudalada condesa y que a su muerte fue donado a una orden religiosa de monjas, que lo dedicaba a labores asistenciales, geriátricas y sanitarias. Fue entonces cuando pudo comprobar, en parte, la inmensidad de aquellas dependencias, de altos techos y muros de gran grosor, cuyos amplios ventanales también daban a un patio interior que debía de servir para el paseo y el esparcimiento de los internos, en momentos de suave climatología, a tenor de su dimensión, tan extensa como todo lo que se veía en el entorno.

No obstante, el triste cubículo donde la trabajadora social desarrollaba su trabajo, no se correspondía con la grandiosidad de las dimensiones antes vistas. Su lugar de

trabajo lo constituía un pequeño recinto, ganado a otra estancia que se abría tras una de las puertas del pasillo, dividido por una mampara de aluminio, y en el que la luz del exterior se desconocía por la ausencia de ventanas o cualquier otro hueco que diera cuenta de la vida que se desarrollaba fuera.

—Aquí su padre va a estar muy bien tratado —comenzó por decir la trabajadora social—. Para empezar le hemos asignado una habitación con una persona excepcional. Celio se llama y es un hombre encantador, a pesar de lo mucho que ha sufrido en la vida. Nunca he visto a nadie igual. Así que, viendo los antecedentes psicológicos y de carácter de su padre, que figuran en los informes que me ha pasado su psiquiatra, ya me he preocupado yo muy bien de elegir el compañero de fatigas. De eso puede estar usted segura —concluyó, dando muestras de confianza y de profesionalidad con sus palabras.

—Pues ojalá sea verdad lo que me dice —continuó Blanca, dejando traslucir también en sus palabras una mezcla de esperanza y de sinceridad, aunque teñida de cierto descreimiento—. Porque ya le advierto que mi padre es un hombre de difícil convivencia. Nada le parece bien, nada le gusta. Se pasa el día buscando alguna pega a todo lo que le rodea.

—Lo que le falta es distracción —atajó Mariángeles en un tono de alegría y seguridad, como quien transmite una solución para solventar un problema—. Por eso ya le he organizado yo un plan de actividades que le tenga entretenido durante todo el día. Por la mañana ejercicio con la fisio en el gimnasio, por la tarde ocupaciones de todo tipo, que si juegos de cartas, dominó, que si talleres de manualidades, que si tertulias...

—Ya le digo yo a usted que nada de eso va a servir con mi padre —cortó Blanca.

—Mujer, no sea usted tan negativa. Verá como todo será distinto aquí.

La conversación se mantuvo durante algunos minutos más por derroteros más prácticos y formales. La trabajadora social puso al día a Blanca de los aspectos más rutinarios: funcionamiento de la institución, horarios de visitas, presentación del cuadro médico y personal de atención a los residentes, etcétera. Luego la acompañó hasta el piso en que se encontraba la habitación de Lorenzo, para lo cual tomaron uno de los ascensores que se encontraba en la esquina del pasillo, que dejaba ver, a uno y otro lado, la inmensidad del lugar. Ya en la primera planta, la madera de la tarima crujía a su paso mientras iban pasando por distintas estancias del edificio. En el pasillo que ahora recorrían hasta su destino se encontraron a la izquierda, en el lado que daba al patio interior, con una enorme capilla, cuyas puertas abiertas dejaban ver unas paredes adornadas con figuras y cuadros de santos y vírgenes y un altar forrado de un terciopelo granate que aportaba majestuosidad y quietud al recinto. Según siguieron andando fueron a dar con varias entradas de un palaciego salón, prueba de la ocupación dada al edificio en otros tiempos. La inmensa sala ocupaba casi todo el lateral en el que se encontraba. La trabajadora social la invitó a entrar para que pudiera contemplar la majestuosidad de las dos lámparas de cristal que daban luz a la estancia, en un día nublado como aquel, y el piano que se encontraba instalado en una de las esquinas de la sala,

junto a uno de los balcones que daban a unos jardines, más propios del esparcimiento a que en su día se dedicaba la nobleza, que de la casa de salud en que se había convertido aquel palacio.

Por fin llegaron a su destino. Un pasillo con varios recovecos que llevaba a la habitación asignada a Lorenzo. Era una sala amplia, continuación de lo visto hasta ahora y también jalonada en una de sus paredes por varias ventanas de grandes dimensiones. La austeridad y pobreza de su decoración se encontraba acorde con la naturaleza del lugar, donde el recogimiento religioso y el paso de los años permitían pocos lujos. A ambos lados del recinto estaban colocadas dos camas y delante de ellas, en el centro, una mesa redonda flanqueada por dos sillones. En un lado de la mesa, un mueble con una televisión y un teléfono sobre él. Un armario, en otro de los laterales, completaba un mobiliario trasnochado y escaso, el único necesario para las tareas esenciales de la existencia allí, como eran las de contemplar el paso del tiempo e intentar disfrutar de la calma y la quietud que ofrecía la vida apartada del mundanal ruido. Tan solo unas pequeñas cámaras, instaladas estratégicamente en dos de las esquinas del techo, mediante las cuales se podía obtener una imagen más o menos completa de aquel escenario, aportaban un toque de modernidad a tanta vetustez y reminiscencias del pasado.

Cuando Blanca entró ya se encontraba allí Lorenzo, acomodado en una silla de ruedas que la auxiliar le había proporcionado y colocado delante de una de las ventanas y frente al televisor. Portaba aún la bolsa de viaje en la que traía las pertenencias de su padre y que había llevado hasta el despacho de la trabajadora social. Después de

tanto rato tirando de ella notaba los dedos entumecidos. Al ver el armario, y encontrar disponible la parte que se le había indicado para los enseres de su padre, dejó caer la bolsa en el suelo, junto a los estantes, para empezar a colocar cada cosa en su sitio. Desde que murió su madre, y a pesar del tiempo dedicado a su profesión de maestra, era ella la que se ocupaba de todas esas labores de intendencia, que ahora trasladaba hasta allí.

—Bueno, pues ya estamos aquí —lanzó Lorenzo con cierto tono de malestar e ironía, mientras Blanca cogía perchas para ir colocando la ropa—. A ver qué sitio es este tan maravilloso al que me has traído.

—Yo no te traigo ni te llevo a ningún sitio. —Blanca contenía la desesperación con una habilidad que nunca conseguía alcanzar del todo. Tal vez la presencia de un extraño allí, sentado en uno de los sillones, ajeno a la llegada de los nuevos inquilinos, le ayudara a conseguir tal pretensión—. Faltaría más. Vienes tú solito porque has dicho que vas a poner de tu parte, a ver si así te mejoras de una vez.

—Buenas tardes —dijo entonces el hombre que, mudo testigo de la conversación, estaba sentado en uno de los sillones. Al comprobar que sus palabras eran ignoradas y que nadie respondía, pues los dos recién llegados continuaban embebidos en su discusión, siguió leyendo con la clara intención de no meterse en conversaciones ajenas.

—¿Que no pongo de mi parte? —insistía Lorenzo, ajeno a la presencia del otro hombre presente en la habitación—. ¿Y que más quieres que haga yo? Ya empezamos con los reproches...

—No te reprocho nada. Solo digo que a ver si de una vez acertamos y te pones bueno.

—¿Bueno? ¿Y quién ha dicho que yo esté malo?
—La ironía era una marca del carácter de Lorenzo, que no dudaba en utilizar en momentos como ese—. Si nunca me crees. Ahora, eso sí, contradecirme y darle las vueltas a la cosas, que no falte.

El enfermo consideró en ese instante que el diálogo con su hija daba para muy poca conversación y decidió buscar otro tertulio para seguir con la charla.

—¡Enfermera! —soltó en tono seco e inquisitorial.

—Dígame usted —contestó la sanitaria con el habitual temple al que este tipo de profesionales está acostumbrado ante pacientes como aquel—. Que los veo enzarzados en peleas entre padre e hija. ¿Qué quiere?

—¿No puede ser esa otra mi cama y no esta? Es que estoy acostumbrado a dormir al lado de la ventana.

La consideración hecha por el anciano no era del todo exacta, pues la cama a la que aludía, si bien más cerca de los cristales de uno de los huecos que daba al exterior, se encontraba colocada en una de las paredes. No obstante, la auxiliar no dudó en responder a la petición con gesto desenfadado y casi cómico, como quien se dirige a un niño de corta edad.

—Pues no, don Lorenzo. Mire por dónde, ya esta ocupada por este señor —dijo refiriéndose al hombre que leía—. ¿Verdad, Celio?

Celio levantó la vista del libro. No obstante su timidez y el cariz que estaba tomando la conversación, estaba ansioso por intervenir, para ver si podía relajar el ambiente. El día anterior, ya le había comentado la tra-

bajadora social el plan de hospedar en su mismo dormitorio a Lorenzo, persona de carácter difícil. A ver si con su buen talante conseguía amansar al nuevo inquilino.

—Pues sí —intervino con cierto titubeo—. Pero no tengo inconveniente en cambiar, si se va a sentir más cómodo. Yo me apaño en cualquier sitio.

—¡Pero cómo se va a cambiar usted! —se apresuró a lanzar Blanca, un tanto avergonzada.

—Anda, ¿y por qué no? —le contravino su padre—. Si a él no le importa.

Blanca, acostumbrada a los caprichos de su padre, no hizo el más mínimo caso al comentario de Lorenzo.

—¿No ven? —siguió Blanca, mirando intermitentemente a Celio y a la cuidadora—. Él, a lo suyo. El caso es hacer siempre su santa voluntad en todo. —Luego se dirigió a Celio con una sonrisa—. En cualquier caso, gracias. Es usted muy amable.

—De nada, por Dios —se apresuró a contestar Celio—. Bastante tiene uno con estar aquí, entre estas cuatro paredes, como para, para mayor sufrimiento, no estar lo más a gusto posible.

Celio transmitía con la suave entonación de sus palabras una calma que envolvía toda la habitación. Blanca detectó esa dulce sensación y notó por un momento aplacarse una tensión, que aparecía de nuevo en el instante en que Lorenzo volvía a dejar cuenta de sus quejas, hablando para sí mismo, en voz alta y de forma despectiva.

—¿Es que aquí puede estar uno a gusto? —soltó con su tono habitual a las amables consideraciones ensayadas por su interlocutor.

—Hombre... —contestó Celio, con cierta timidez, como para no molestar al contrario—. Yo no me puedo quejar.

—Pues yo sí me quejo.

—Ya me extrañaba a mí que llevaras tanto tiempo sin quejarte —terminó por volver intervenir Blanca sin poder remediarlo.

La cuidadora, mientras tan tensa como insoportable e intrascendente conversación se estaba llevando a cabo, entraba y salía de la habitación transportando sábanas, toallas y material de aseo para el nuevo inquilino, ajena a todo lo que le rodeaba. La imperturbabilidad de su gesto denotaba esa profesionalidad de quienes son mudos testigos de la intimidad y de las miserias humanas, las cuales se acrecientan con los años, como podía deducir después de tanto convivir con personas como Lorenzo, ya casi instalado en la ancianidad más testaruda y caprichosa. Sería por eso, por su talante comprensivo tras tantos años de profesión por lo que, una vez terminadas sus tareas de intendencia, decidió tranquilizar los ánimos que se parecían desatar por la sala.

—Venga, menos discutir y vamos a instalarnos de una vez —dijo, dirigiéndose a Lorenzo mientras le hacía una caricia sobre uno de los brazos—. Ahora usted se me va a quedar tranquilito mientras su hija va colocando cada cosa en su sitio —continuó al tiempo que se volvía hacia Blanca—. Puede utilizar el armario que está al lado de su cama. —Señaló el mueble con la mano—. Vaya colgando su ropa y luego vengo yo a hacer el inventario y me lo firma. ¿Trae la ropa marcada?

—Sí —contestó Blanca enseñándole una camisa—.

¿Ve? Les pegué estas etiquetas que compré en la mercería y les puse su nombre con el rotulador que venía en la bolsa —terminó la explicación con la ligera esperanza de obtener la aprobación de aquella experta en tareas domésticas como aquella.

La auxiliar cogió la prenda y tras mirarla con detalle hizo un gesto de desaprobación, meneando la cabeza, como quien se dispone a dar un veredicto negativo.

—Uy —exclamó con delicadeza—, eso se va a borrar seguro, si no se cae antes —dictaminó finalmente, con total seguridad.

Blanca, aturrida, y un tanto nerviosa por el contratiempo, intentó convencer a aquella empleada insistiendo en que en la tienda le aseguraron que aquel método era efectivo, lo que no sirvió para propiciar el cambio de veredicto.

—Pues ya le digo yo que no.

Seguía en sus trece aquella mujer, que vestida de blanco cobraba una autoridad que parecía provenir del mundo celestial y aséptico de los hospitales, donde nada se discute. Celio, no obstante, y sin que se diera cuenta la subalterna, intentaba llamar la atención de Blanca desde el otro lado de la habitación, haciéndole gestos de que no le hiciera caso, de que no se preocupara.

—Que se cae o se borra —terminó por concluir la sanitaria mientras salía de la habitación, sin permitir réplica alguna.

Una vez libres de la presencia y de los juicios de la empleada sanitaria, Celio se despachó con más libertad, dando su opinión sobre las etiquetas. Con sus palabras

de experto en un mundo donde todo está perfectamente estipulado y organizado, quería tranquilizar a Blanca.

—No le haga caso —volvió a insistir Celio—. Menu-do negocio que tienen montado las de la lavandería con las etiquetitas. Siempre están poniendo pegas cuando las traemos nosotros.

—A mí, la dependienta de la mercería me juró y perjuró que no se caerían —seguía repitiendo Blanca.

Blanca seguía absorta en sus pensamientos, sin prestar mucha atención a aquel hombre que, educadamente, parecía querer tranquilizarla. Intentaba ella recordar con exactitud las indicaciones que en su momento le ofreció la vendedora de aquel producto, como quien intenta recordar un dato importante para un trámite de vital trascendencia, con el fin de convencerse de la seguridad de poder llevar a cabo una tarea tan insignificante, pero tan necesaria en aquellos momentos y en aquella situación en concreto.

—Pues a ver si se van a caer y me quedo sin ropa —aprovechó Lorenzo para intervenir de nuevo, con su habitual capacidad para la protesta—. Ya es lo último que me faltaba.

Viendo el escaso interés de los allí presentes por su labor tanto mediadora como tranquilizadora, Celio volvió a su lectura. Por su parte, y una vez que decidió olvidarse de las dificultades, más o menos insalvables, que podrían presentarse en el asunto de la identificación de las prendas, Blanca abrió el bolso de viaje, sacó las prendas y enseres de su padre y comenzó a colocarlos en el armario, con el mayor orden posible. Mientras, Lorenzo seguía con su perorata acerca de los perjuicios

que podían presentársele si perdía alguno de los elementos de su vestimenta o de su aseo personal.

—Mira tú qué pena si los pierdes —terminó por contestarle su hija—. Fíjate qué camisas, sin botones —continuó para contrarrestar la ironía de sus anteriores palabras—. ¿Y ves estos pantalones? ¿Por qué tienen un corte en la cinturilla?

—Me estaban pequeños —respondió evasivo el aludido.

—Ah, ¿y no sabes pedir las cosas? —prosiguió Blanca, a modo de reprimenda—, ¿decirme que te haga un arreglo como es debido?

—Y qué sé yo.

—¡Vaya desastre!

Celio dejó de leer otra vez mientras se reanudaba el diálogo familiar. En un primer momento observó la escena en silencio para no interrumpir tan íntima situación. Después, cuando padre e hija decidieron dar por terminada aquella breve y enésima discusión, hizo movimientos y gestos, solo entendidos por él, y carraspeó por fin para dar cuenta de su presencia. Su intención no era otra que la de volver a hacerse notar con el fin de poder ayudar o intervenir en la tarea que Blanca desarrollaba, moviéndose por toda la habitación y acudiendo al baño cada vez que encontraba objetos que debía dejar en ese otro lugar. Durante toda la operación, Lorenzo permaneció callado en la silla de ruedas. Blanca, ajena también a todo, seguía colocando las cosas en el armario. Fue entonces cuando Celio decidió levantarse de su asiento y acercarse a Lorenzo.

—Bueno, pues encantado —dijo alargando la mano con cierta timidez—. Ya que nadie se presenta, lo haré yo. Me llamo Celio. ¿Qué tal le parece su nueva casa?

—Esta no es mi casa —lanzó Lorenzo, de forma agria y cortante.

—Hombre, entienda que lo de que esta es su casa era un decir —Celio intentó reconvertir la situación—. Al mal tiempo, buena cara, que se suele decir también. Aunque yo aún llevo poco tiempo aquí, este lugar me está siendo de gran ayuda.

—Ya, pero yo no necesito esta ayuda —dictaminó el anciano—. Lo que necesito es que me pongan un tratamiento para los dolores e irme a mi casa, a mi verdadera casa.

—Vaya, siento lo de los dolores. ¿Qué le pasa, si no es indiscreción preguntarlo?

Blanca observaba nerviosa y alterada, desde los distintos puntos de la sala por donde se iba moviendo, el comportamiento de su padre, siempre maleducado y desconsiderado, según ella, hacia los que le rodeaban. Movida por ese desasosiego se decidió por intervenir otra vez en una conversación de la que hacía unos minutos se había ausentado.

—No le pasa nada —explotó seca y moderadamente, conteniéndose todo lo que pudo.

—¿Cómo que no me pasa nada? —saltó Lorenzo, como a quien le ponen un resorte en el cuerpo que le hace reaccionar al instante—. Tú qué sabrás. ¡Con lo que yo he pasado!

—Que no se quiere enterar de que se está haciendo mayor —siguió Blanca, dirigiéndose a Celio e ignorando

a Lorenzo—. Que ya no es un jovencito. Si eso me pasa a mí también. Y a todos.

—Efectivamente —asintió Celio—. Todos nos vamos haciendo mayores y a todos nos da reveses la vida.

—Ya, pero es que yo he pasado mucho en este mundo —insistía Lorenzo—. Y tengo motivos para quejarme, créame usted.

—Seguro que tiene motivos, no lo dudo. —Celio, de talante afable, se mostraba comprensivo y con ganas de elevar, al mismo tiempo, el ánimo de su nuevo compañero de fatigas—. Pero hay que sobreponerse. La vida es dura y no hay más remedio que tirar para adelante y sobrellevar las dificultades.

—Eso mismo le digo yo —aprovechó Blanca para aportar su grano de arena en la dura tarea del convencimiento de su padre, aprovechando la ayuda de Celio—, que hay que aprender de lo malo que le pasa a uno.

—Yo ya soy muy mayor para aprender —Lorenzo seguía en sus trece.

—Pues nada, tú sigue así —soltó Blanca, resuelta a terminar de nuevo con una disputa que no llevaba a ningún sitio—. ¿Y usted qué hace aquí, todavía tan joven? —preguntó a Celio con la intención de devolverle las atenciones que durante el poco tiempo que se conocían estaba ofreciendo tanto a ella como a su padre.

—Uy, no crea, que ya tengo mis años —atajó el otro, un tanto ruborizado por el piropo.

—Claro que no me lo creo —sonrió Blanca—. ¿Qué hace un hombre en la flor de la vida, como se suele decir, encerrado en estas cuatro paredes?

—Un problemilla de salud. Pero que ya se está solucionando. O, al menos, eso me dicen.

—Vaya, lo siento. Como se suele decir también, la salud es lo más importante. Sin eso, lo demás no importa. Pero ya verá como pronto saldrá de aquí.

—Claro que sí. Siempre las cosas pueden ser peores. Bueno, y ya puestos a preguntar, solo queda usted.

—Es verdad. ¿Y qué quiere saber? Dígame.

—Para empezar, su nombre.

—Me llamo Blanca.

El diálogo iba entrando en un escenario de cierta complacencia, alimentada por ambos contertulios. Celio comenzó a mirar con dulzura a Blanca, quien comenzó a mostrar cierta confusión que trató de disimular terminando de colocar las pertenencias de Lorenzo en el armario. El silencio del momento se rompió cuando entró de nuevo la cuidadora con un carrito en el que transportaba dos bandejas con las cenas de Celio y de Lorenzo.

—Bueno, Lorenzo, ya veo que se ha acomodado perfectamente —soltó alegremente la sanitaria, al tiempo que dirigía la mirada hacia Blanca—. Pues ahora a cenar y a la cama. Que mañana será otro día. El doctor y la doctora vendrán por aquí y le programarán todas las actividades para que no le falte entretenimiento y disfrute lo más posible de su estancia aquí.

—¿Cuándo me podré ir? —preguntó, sin más, Lorenzo.

—¡Pero hombre de Dios! —continuó la auxiliar—. Si aún no nos ha dado tiempo a tratarle mal. Déjenos unos días y luego usted decide. ¿De acuerdo?

—A ver, qué remedio —contestó el enfermo, de forma inexpresiva, tras captar la ironía de la mujer y el tono de burla—. Pero sepa que en cuanto esté mejor me largo —advirtió, amenazador.

—Y ahora, arriba. —La asistente, acostumbrada a las quejas y refunfuños, seguía con su tarea sin hacerle caso. Le sujetó para levantarlo—. Que parece un ancianito de noventa años. Aquí no le va a hacer falta esta silla. —Una vez que consiguió ponerle de pie, le ayudó a sentarse en uno de los sillones—. No me sea usted flojo.

—¡Qué flojo ni leches! —gritó alterado el aludido—. ¿Es que acaso no ve que soy un viejo?

—Lleva toda la razón, Lorenzo, está hecho usted un vejstorio —respondió la ciudadora con fingido abatimiento y con el mismo tono de burla de antes.

Blanca, fingiéndose al margen, como en otras ocasiones, de las conversaciones de su padre con quien tenía al lado, en este caso aquella mujer, mantenía la tensión en silencio. Llegado el momento, como siempre, la vergüenza ajena, originada por la culpa nacida de los lazos familiares, le obligaba a intervenir. Se acercó a ella y le habló en voz más baja de lo normal.

—No le haga caso, señorita. Nunca está contento con nada. Siempre pone pegas a todo.

—Qué me vas a decir a mí, cariño. —La auxiliar la abrazó cariñosamente—. Tómalo con calma. Hay muchos así aquí. Por eso le hemos puesto con Celio, a ver si se le pasa algo el malhumor. No hay nadie en toda la residencia con mejor ánimo que él.

Los grandes ventanales de aquella habitación apenas dejaban traspasar la poca luz que el atardecer aportaba

ya al día. Por el contrario, una luna casi en toda su extensión lanzaba una potente luz que reflejaba el contorno de los objetos sobre las paredes. Aprovechando aquella situación y argumentado la necesidad de volver a la ciudad, para lo que necesitaría casi una hora de viaje, y la obligación de volver a la jornada laboral del día siguiente, Blanca se despidió de su padre y de Celio hasta el próximo día. El sonido de sus pisadas por unos pasillos preparados ya para la oscuridad de la noche retumbó por la planta del edificio hasta que Blanca alcanzó la salida y sus pasos se perdieron entre las sombras que proyectaba la luz de las farolas.